

## SANTA TERESA DE JESÚS Y EL «MISTERIO» DE LA IGLESIA \*

ENRIQUE LLAMAS MARTÍNEZ

### I. INTRODUCCIÓN

• **Constitución del Vaticano II sobre la Iglesia:** El 21 de noviembre de 1964, el Papa Pablo VI promulgó con toda solemnidad la Constitución Dogmática *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II: SOBRE LA IGLESIA. El mundo católico la recibió con gozo y entusiasmo, porque era la primera vez que la Iglesia se presentaba oficialmente a sí misma ante el mundo —como en un nuevo Pentecostés—, dando a conocer su ser, su naturaleza y su misión en la historia de la salvación y para el mundo de todos los tiempos. Celebramos ahora el cuarenta aniversario de este importante acontecimiento.

Fue algo inédito en la historia de la Iglesia, pero a nadie sorprendió este gesto de sencillez y de sinceridad. El mismo Pablo VI lo explicaba en el discurso de apertura de la segunda sesión conciliar:

*«Han pasado casi veinte siglos de la fundación de la religión cristiana y de la difusión de la Iglesia católica... Con todo, el concepto verdadero, pleno y definitivo de Iglesia, tal como Cristo y sus apóstoles la empezaron a edificar, sigue necesitando todavía una formulación más adecuada...»*

*La Iglesia es un misterio, es decir, una realidad sagrada, penetrada por la presencia de Dios»<sup>1</sup>.*

Esta Constitución representa la llegada a una meta al cabo de un largo recorrido, y es un punto de partida para nuevas consideraciones. Fue uno de los frutos más sazonados del Concilio. Responde a los deseos prioritarios que abrigaba el Papa Beato Juan XXIII al convocar, y más tarde al inaugurar las tareas conciliares. Decía así el 8 de diciembre de 1962, en el discurso de clausura de la primera sesión:

---

\* Conferencia pronunciada en la Real Academia de Doctores de España el 24 de noviembre de 2004.

<sup>1</sup> Pablo VI, «Discurso de apertura de la 2.ª sesión del Concilio Vaticano II», 29 de noviembre de 1963, en *Conferencia Episcopal Española, «Concilio Ecuménico Vaticano II: Constituciones, Decretos, Declaraciones»*, Madrid, BAC, 1993, p. 1111 (cito por esta edición los documentos del Vaticano II).

«Deseamos, en efecto, que se hagan realidad los objetivos que tuvimos al convocar el Concilio. Estos eran: «que la Santa Iglesia, firme en la fe, robustecida en la esperanza, y más fervorosa en el amor, florezca con un cierto vigor nuevo y joven; y que provista de leyes santas, sea más eficaz y libre para extender el Reino de Cristo»<sup>2</sup>.

Iniciadas las tareas de estudio de esta Constitución surgió otro tema prioritario como objeto de reflexión. Considerada la Iglesia como una realidad: —misterio-institución— santa y sagrada, afloran otros temas y otros interrogantes, que en el criterio de Pablo VI tienen una sola respuesta, que es precisamente la que dio el mismo Concilio:

«La respuesta es Cristo. Cristo es nuestro principio, nuestro guía, nuestro Camino. Cristo es nuestra esperanza y nuestro fin; ...Cristo es nuestra vida; Cristo es la luz, que debe brillar en el mundo»<sup>3</sup>.

Cristo e Iglesia son dos realidades que constituyen una «unidad de salvación». Son un «único e inmenso Cuerpo Místico», que el mismo Cristo va formando y desarrollando dentro de la historia humana mediante la fe y los sacramentos a lo largo de los siglos (Pablo VI). Esta es la Iglesia como misterio de salvación.

• **Cristo y la Iglesia:** Esta Iglesia, a pesar de todas las explicaciones, aparece «indefinible»; y después de veinte siglos, a juicio del Papa Pablo VI, la misma Iglesia sigue reconociendo que está necesitada todavía de una formulación más adecuada, que haga más patentes e inteligibles la misión salvífica y los elementos divino-humanos que la constituyen<sup>4</sup>.

En este planteamiento, el mismo Papa Pablo VI concluye en su «discurso conciliar» —que fue algo más que una simple reflexión teológica—, que «la Iglesia es un misterio, una realidad sagrada». Es una comunidad establecida en el mundo visible, dotada de una sagrada jerarquía, e igualmente animada en su interior por una fuerza misteriosa<sup>5</sup>, que es la acción invisible del Espíritu Santo, que el mismo Jesús había prometido enviar a sus discípulos, y que permanece siempre en ellos (cf. Jn 14,26; 16,7-16).

Cristo y la Iglesia es la clave para entender lo que podemos llamar la eclesiología del Vaticano II. Una eclesiología vital, de comunión y de solidaridad, sin discriminaciones y con una dimensión universal, personificada en Cristo, su Esposo. Con esta eclesiología conectó santa Teresa de Jesús; fue la que ella vivió y experimentó, aprendida en la escuela de la oración contemplativa, más que en libros y en conversaciones espirituales.

• **Iglesia, misterio y paradoja:** La idea de Iglesia, como misterio, es otra de las claves para entender e interpretar la eclesiología teresiana. Es un hecho que se deriva

---

<sup>2</sup> Juan XXIII, «Discurso de 8, XII, 1962»... Concilio Vaticano II, edic. c., p. 1102.

<sup>3</sup> Pablo VI, l. c., p. 1109.

<sup>4</sup> Pablo VI, l. c., p. 1111.

<sup>5</sup> Pablo VI, l. c., p. 1111.

del concepto Cristo-Iglesia, como unidad de salvación, o de Iglesia. como personificación mística de Cristo, que trasciende el tiempo y el espacio, como veremos más adelante.

No podríamos entender bien la actitud de Santa Teresa de Jesús ante la Iglesia, si no tenemos presente el hecho de que la Iglesia aparece a nuestros ojos, y en su realidad histórica, como una «paradoja». Es un aspecto que pone de relieve la Constitución conciliar, y que puede ilustrarse con múltiples datos:

Es una «paradoja», porque es el Reino de Dios en medio de un mundo y para un mundo, que no la reconoce y que la rechaza. Es luz en medio de las sombras y de las tinieblas; la Iglesia es santa y pecadora a la vez; así lo reconoció y lo recordó el mismo Concilio Vaticano II. Es santa y perfecta, y pide de continuo ser reformada y renovada interiormente. Es de ahora, temporal y escatológica; hace presente a lo eterno, dentro de la categoría de lo temporal. Es misterio y es problema; muchos la exaltan hasta las nubes del cielo, otros la rechazan; muchos dan su vida por defenderla, otros la persiguen y buscan su destrucción.

Estas paradojas tienen, entre otras connotaciones, una importante para nosotros. Manifiestan la condición temporal de la Iglesia, la huella y el poderío del pecado: Iglesia «santa y pecadora», «necesitada siempre de purificación» (LG 8)... sin hacer de menos a sus valores espirituales y trascendentes.

Esta nota de la Iglesia es también una clave indispensable para conocer e interpretar la eclesiología de Santa Teresa. Por una parte, por el camino de la oración descubrió el esplendor y las exigencias de la Iglesia santa, personificada en Cristo redentor, de cuya santidad hizo la forma de su vida. Pero, al mismo tiempo, como mujer, dotada de una sensibilidad exquisita, y de un realismo sin engaños, fue en todo coherente ante la iglesia del pecado, ante la iglesia que sufre, influenciada y dominada por el mal, y convertida en ocasiones en escenario de las acciones del enemigo, el Maligno.

• **La Constitución conciliar y el discernimiento eclesial:** Desde su publicación, la Constitución conciliar —densa de contenido y actualísima, como respuesta a los signos y a las exigencias de los tiempos— se convirtió en punto de referencia indispensable para valorar y enjuiciar problemas de carácter doctrinal, para discernir actitudes y criterios de personas y de Instituciones frente a la verdad de la Iglesia, incluso para descubrir nuevas orientaciones para la pastoral y la catequesis, y nuevas posibilidades para el diálogo de la Iglesia con el mundo.

A partir del contenido de esta constitución —incorporadas las enseñanzas precedentes del Magisterio y de los teólogos—, se ha estructurado la nueva eclesiología, científica y sistemática, que apenas cuenta con un siglo de existencia.

Esta eclesiología es diferente y mucho más rica que la que conoció y vivió Santa Teresa de Jesús, aunque en ambas late un mismo corazón y un mismo espíritu. Incluso, podemos afirmar que nuestra gran Santa vivió y experimentó la vida de la Iglesia, y lo que es su alma y su corazón —Jesucristo, Dios y hombre, su divinidad y su humanidad— con más profundidad y clarividencia que los grandes maestros de su tiempo y del nuestro, aunque careciese de conocimientos teológicos y de una formación especializada.

*Santa Teresa no tuvo una formación teológica especializada. Ella misma manifiesta en más de una ocasión esta carencia, y en forma genérica dice que «no tenía letras». Conocemos algunos casos que confirman algunas deficiencias en sus conocimientos teológicos. En el libro de su Vida (18, 15-16) tiene un pasaje que se esclarece con el libro de las Moradas (M.V 1,10), en el que viene a decir que a sus treinta y cinco, o cuarenta años, al menos, no sabía cómo, o en qué sentido Dios está presente en todas partes. «Acaecióme a mí —dice— una ignorancia, al principio: que no sabía que estaba Dios en todas las cosas, y como me parecía estar tan presente, parecíame imposible... y así andaba con pena. Un gran letrado de la Orden del glorioso Santo Domingo me quitó de esta duda, que me dijo estar presente, y cómo se comunicaba con nosotros» (V 18,15; cf. M.V 1,10).*

*Algo parecido podríamos decir de su conocimiento de las cuestiones de la Iglesia...*

Santa Teresa recibió —hacia 1555-1560— noticias bastante concretas de la Iglesia, como Institución, y de los males que estaba soportando en Francia y en otros lugares de Europa, en los que los luteranos habían causado graves estragos... Esto hirió profundamente su sensibilidad femenina y espiritual, causándole profunda pena. Ayudada del conocimiento sapiencial, adquirido en sus experiencias místicas, pudo sobrepasar los límites de lo temporal y lo geográfico, y concentrar su atención y su sentimiento en la Iglesia, como Cuerpo místico de Cristo, y en la persona del mismo Jesucristo, identificado con la Iglesia, viendo reflejados en él en aquellos momentos de la historia los dolores de su pasión.

La falta de una formación teológica especializada no resta valor a la eclesiología teresiana. Ella recibió esos conocimientos, no de los libros ni de los tratados de teología, sino por otro camino más elevado. El camino, que el Papa Pablo VI llamó la *vía de la belleza*, que es el camino de la oración y de la contemplación, de la armonía, del orden y la coherencia de los misterios de Dios. Por esto, el mismo Papa Pablo VI declaró a Santa Teresa «Doctora de la Iglesia» —la primera después de veinte siglos— (27 de septiembre de 1970), porque tiene un mensaje de doctrina y de vida para la Iglesia de hoy.

La Santa tuvo también vivencias interiores extraordinarias, que tuvieron por objeto la realidad de la Iglesia, transferida a la persona de Cristo. La oración del capítulo primero del *Camino de Perfección* y el capítulo 35, son una prueba valiosa, reforzada y esclarecida con el contenido doctrinal, que irradian las experiencias místicas. Ese es el mensaje de vida que la Santa Doctora transmite a la Iglesia de hoy, dando luz y vigor a la eclesiología del concilio Vaticano II.

## **II. DESARROLLO DE NUESTRO TEMA**

### **1.º Planteamiento**

En las ideas que he expuesto hasta aquí se pueden descubrir unas líneas generales que marcan el planteamiento adecuado que debemos hacer de este tema: *Santa Teresa de Jesús y el misterio de la Iglesia*, al menos por lo que se refiere al objetivo y a la intención de cuanto voy a comentar.

- En los escritos de Santa Teresa no encontramos ningún capítulo dedicado a explicar qué es la Iglesia, ni una definición propiamente dicha de la misma. Por lo mismo, pienso que no ofrece gran interés preguntar: *qué enseña Santa Teresa sobre la Iglesia*, sino: *cómo vivió ella el misterio de la Iglesia*, y *cómo se situó y qué actitudes fundamentales mantuvo frente a esa realidad misteriosa*. Es cierto que en todo esto se presupone la existencia de una enseñanza o de un concepto de la realidad. Pero, no es este el interés primario al estudiar las relaciones de la Santa con la Iglesia.

*Los conceptualistas tal vez echen de menos una definición, o precisión de conceptos, y aun de la misma terminología. Pero en este caso, a mi juicio, huelga ese planteamiento. Porque Santa Teresa de Jesús es una escritora mística —y precisamente con relación al tema que nos ocupa—, y para entenderla y comprender sus enseñanzas es mejor ir por el camino de las «vivencias interiores», y en concreto por la vivencia del misterio de la Iglesia, que no por sus significados. Los libros en los que la Santa describe sus vivencias son autobiográficos, más que manuales de doctrina, aunque se trate de doctrina espiritual.*

*Teniendo esto en cuenta, he prescindido —en cuanto he expuesto hasta aquí— de definir la Iglesia y de establecer una «formulación» que dé a conocer «qué es la Iglesia». Como dijo el Papa Pablo VI: ni la misma Iglesia ha hecho una formulación adecuada de sí misma después de veinte siglos. Tampoco lo ha hecho el Vaticano II en la Constitución LG. Más bien en estos casos se han hecho descripciones de diversos aspectos y elementos de la Iglesia, que en alguna forma responden a qué y para qué es la Iglesia.*

Por otra parte, Santa Teresa de Jesús ha sido declarada «Doctora de la Iglesia». Como tal, su doctrina es eminente y goza de plena actualidad, con una misión de enseñanza y de magisterio, de manera particular para la vida espiritual y para la vida de oración y contemplación. Esta es una consideración general que puede tener aplicación también a los problemas sobre la Iglesia.

- Santa Teresa de Jesús nos enseña también a «sentir con la Iglesia», que en los círculos espirituales de su tiempo era una actitud fundamental con una doble dimensión: la temporal y la escatológica. Esta actitud se fomentó en España principalmente después de la celebración del Concilio de Trento, frente a los comportamientos de los luteranos, como criterio de discernimiento de pertenencia a la Iglesia, problema crucial para la conciencia católica de aquella época.

- Estas consideraciones abren una doble trayectoria a nuestra reflexión:

- a) En primer lugar, podemos contemplar la figura de Santa Teresa a través de diversos momentos de su existencia, en su temporalidad concreta, y analizar cómo vivió el misterio de la Iglesia y qué aportaron sus vivencias al desarrollo histórico y vital del Cuerpo Místico de Cristo.

Adelantando la respuesta a esta pregunta, podemos decir que nuestra Santa ha enriquecido a la Iglesia con una triple aportación: *a)* su «experiencia mística», como un tesoro de ciencia del espíritu y de conocimientos sobrenaturales; *b)* sus libros, que recogen la luz y los rasgos de sus experiencias extraordinarias, obra clásica y maravillosa, joya de la lengua castellana del

siglo XVI; c) finalmente, la Reforma de la Orden Carmelitana es otra de sus grandes aportaciones a la vida de la Iglesia.

- b) En segundo lugar, mirando a la Iglesia de hoy, más de cuatro siglos después de la muerte de la Santa, una vez que ha sido declarada «Doctora de la Iglesia», como sabemos, por el Papa Pablo VI en 1970, podemos reflexionar sobre su misión especial para la Iglesia de nuestros tiempos. Así lo ha hecho el mismo Papa en el decreto sobre el doctorado.

Bajo este aspecto, el testimonio de su vida y la doctrina de sus libros, que es la síntesis de sus vivencias interiores, son una invitación y un mensaje perenne que ayuda a mantener viva en la Iglesia la función más propia y más genuina de sus miembros —después de la celebración del misterio eucarístico—: la práctica o vivencia de la oración mental en la intimidad del corazón y como diálogo amoroso con el Señor, con Jesucristo y con los Santos, «estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama» —son sus palabras (V 8,5)— y de la contemplación del rostro de Jesucristo —*faces de Dios*, como lo llamó Fray Luis de León—, que irradia y manifiesta el amor del Padre hacia los hombres.

## 2.º Vivencia de Santa Teresa del misterio de la Iglesia

1.º La Iglesia, misterio envolvente: Teresa de Jesús vivió inmersa en el ambiente eclesial de su tiempo. Su vida y sus escritos registran las diversas situaciones relacionadas con la Iglesia —adversas muchas veces— por las que atravesó, y detectan las convulsiones que tuvo que soportar, principalmente después de tener noticia de los estragos que habían ocasionado los luteranos.

Para Teresa la Iglesia fue una «*realidad envolvente*» —dice Tomás Álvarez—, y determinante de toda su vida, de sus comportamientos humanos y espirituales. Fue para ella un «*presupuesto fundamental*», que configuró el esquema de muchas de sus actuaciones —de la misma Reforma de la Orden—, de sus experiencias y de su pensamiento religioso<sup>6</sup>.

Como mujer de su tiempo, en aquella Castilla, seca y sedienta de agua, en la que muchas personas estaban animadas por un profundo sentimiento religioso, su pertenencia a la Iglesia es un dato incuestionable, y con ello su solidaridad con sus problemas, que eran muchos y de importancia. Su corazón latía al ritmo de la vida de la Iglesia.

En la vida de Teresa de Jesús, la Iglesia fue algo más que una realidad *envolvente* desde su infancia. Fue sobre todo una realidad sobrenatural, que tuvo para ella siempre y en todo un valor y un significado de salvación. Formó parte —como realidad, más que como concepto— de lo más sustantivo de su existencia; determinó sus actitudes y sus comportamientos, su vida de fe y amor. Fue un elemento esencial y

---

<sup>6</sup> T. Álvarez, «Iglesia», en *Diccionario de Santa Teresa*, Burgos, Edit. Monte Carmelo, 2002, p. 355.

determinante en su vida y en sus actuaciones. En su obra por antonomasia: la Reforma de la Orden. Pero, a la hora de morir, exclamó llena de gozo: *al fin, muero hija de la Iglesia*.

A pesar de ser una monja de clausura, encerrada entre los muros de una angosta celda monástica, sus cualidades humanas y sobrenaturales, como mujer superdotada, y sobre todo su claridad de ideas en la programación de sus actividades, con una clara previsión de futuro y una asombrosa sensibilidad femenina, su don de gentes y de captación de personas para su causa, le abrieron las puertas de la comunicación con las más altas jerarquías de la Iglesia y también con las personas de las altas esferas sociales. Con esto, y a través de la intercomunicación con muchas personas interesadas en sus proyectos fundacionales, estaba al tanto de los grandes problemas sociales de su tiempo y de los asuntos de la vida de la Iglesia.

*A propósito de esto, algunos autores no han querido ilustrar este aspecto de la vida de la Santa Reformadora, y no han tenido inconveniente en contemplar y glosar al unísono su importancia y su grandeza —como persona— con la de Felipe II, que llenan el siglo XVI, plenamente contemporáneos (1515-1582: 1522-1599). «Dos gigantes —dice Higinio Ciria y Nasarre— de aquella época incomparable, de aquel siglo de oro, como el que no lo ha tenido pueblo alguno de la tierra».*

*Felipe II fue un rey que resplandeció por su piedad y justicia, «el más grande y más español que hemos tenido»... Santa Teresa de Jesús fue el «portento» de aquella «hechura maravillosa de la gracia»<sup>7</sup>. Un signo de esa grandeza de alma son precisamente el valor y la riqueza de aspectos de sus vivencias eclesiales, que trascienden el tiempo y el espacio, y son un mensaje de vida para la Iglesia de hoy.*

2.º La Iglesia, Institución y misterio: Santa Teresa entendía la Iglesia y la sentía como una obra excepcional y maravillosa de Dios, el Señor; como el Reino de Dios en el mundo; una Institución divina, santa, fundada por Jesucristo —dentro de los fines salvíficos de Dios— para comunicar la salvación a los hombres. En ella dejó «los remedios» —son sus palabras— para aprovechar en la santidad y en la vida espiritual (M/v 2,3).

En los escritos de la Santa, a veces no aparece bien precisado el concepto de Iglesia como misterio e Iglesia como Institución. No es fácil interpretar su pensamiento y afirmar, sin más, si se refiere a una Iglesia equivalente a Jerarquía, o a la Iglesia en general, como «pueblo de Dios», fuera del cual no hay salvación.

Encontramos muchos textos diáfanos y transparentes que nos transmiten con claridad sus sentimientos con relación a la Iglesia, que es para ella la administradora de la gracia divina. Teniendo en cuenta su conciencia eclesial, y contemplándola en aquella Iglesia del siglo XVI, en la que sus miembros vivían y actuaban, dominados fuertemente por la influencia de los novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria —y en la que (por la eficacia de una predicación de signo escatológico, como fue más tarde en la segunda mitad del siglo XVII) la oratoria de José Barcia y Zambrana,

---

<sup>7</sup> Cf. Luis Santullano, en Teresa de Jesús, *Obras Completas*, Madrid, Edit. Aguilar: «Estudio Preliminar de ...», p. 33.

obispo de Cádiz—, advertimos cómo todos se esforzaban con amor y temor por asegurar su salvación eterna y evitar la horrenda condenación al infierno.

Teresa de Jesús es un testimonio excepcional de esto. Esas ideas y convicciones sobre la Iglesia fueron determinantes en su vida desde polos opuestos. Por encima de todo, luchó por mantener su fidelidad a la Iglesia, tanto en la doctrina que profesaba y enseñaba, como en sus comportamientos. De ninguna manera quería transigir con la más mínima infidelidad, con riesgo de su condenación. Era tanta su preocupación en este punto, que llegó a escribir de sí misma: que «en cosa de la fe», y «por la menor ceremonia de la Iglesia... me pondría yo a morir mil muertes»<sup>8</sup>.

Desde otro punto de vista, su amor ardiente a la Iglesia le impulsó a arrostrar trabajos y dificultades y a enfrentarse con las fuerzas del mal y con los mismos demonios. Defendía con tesón lo que ella tenía por «verdad de la Iglesia». Bajo este aspecto, en más de una ocasión refleja en sus escritos sus sentimientos personales: ...«siempre procura —dice— ir conforme a lo que tiene la Iglesia». Ésta era su conducta y su comportamiento invariable. Estaba tan asentada en esta fidelidad a la Iglesia, «que le parece desmenuzaría los demonios, sobre una verdad de lo que tiene la Iglesia, muy pequeña»<sup>9</sup>.

Por otra parte, ella trabajó siempre por amor a Dios y a la Iglesia. La obra más importante que llevó a cabo en este sentido fue la Reforma de la Orden Carmelitana. Precisamente uno de los motivos más determinantes de la Reforma fue el conocimiento que ella tuvo de los males y de los estragos que estaba sufriendo la Iglesia de su tiempo por la acción de los luteranos. Esto le movió a volver a la sencillez de la regla primitiva y a vivir la pobreza de la Orden y el espíritu de oración y de contemplación en obsequio de Jesucristo, como veremos enseguida.

Ciertamente, la Iglesia como misterio y como Institución fue una realidad que envolvió toda la vida de Santa Teresa e inspiró y determinó los momentos más importantes y decisivos de su actividad espiritual y apostólica.

### 3.º Vivencias y actuaciones

- Santa Teresa entendía la Institución eclesial como «una comunión de vida y solidaridad» de todos sus miembros, que postula la colaboración de todos, según las condiciones, las cualidades y los carismas de cada uno, a fin de colaborar y conseguir sus objetivos esenciales.

Esta idea iluminó fundamentalmente y alentó su proyecto de reformadora de la Orden carmelitana, y le impulsó a buscar y a ganar colaboradores para su causa. Su propósito fue procurar el mayor bien para la Iglesia hasta los confines del mundo. Animada por un espíritu misionero, éste era el ideal de su vida y su gran preocupación<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> Teresa de Jesús, V 33,5.

<sup>9</sup> Teresa de Jesús, V 25,12.

<sup>10</sup> T. Álvarez, «Iglesia», en *Diccionario de Santa Teresa*, Burgos, Edit. Monte Carmelo, 2002, p. 355.



• Teresa estaba dotada de una gran sensibilidad humana y espiritual, que se acen- tuó a medida que progresaba en el camino de la santidad, y se acercaba a la séptima morada de su *Castillo Interior*. En esas alturas de la santidad experimentaba y mani- festaba un profundo y angustioso dolor, precisamente por los «males» que sufría la Iglesia de su tiempo<sup>11</sup>. Dada la fragilidad y la malicia de los hombres, incrementada por el poderío del demonio, ella no se espantaba, ni le causaba sorpresa que hubiese «*tantos males en la Iglesia*»<sup>12</sup>. Juzgaba e interpretaba estos hechos con criterio teo- lógico y sobrenatural. Por eso, aconsejaba a sus hijas y les pedía que suplicasen al Señor por el bien de la Iglesia. Era lo que ella misma practicaba<sup>13</sup>.

El conocimiento de la situación lamentable de la Iglesia: males internos y exter- nos, males en la Jerarquía eclesiástica, males en el seno de las Órdenes religiosas, males causados por la influencia del Maligno... suscitó en la Madre Teresa el deseo ardiente de trabajar y orar por el bien general de la Iglesia, y en particular «por los grandes letrados», «que Dios tiene para luz de la Iglesia», y por los que la defienden y trabajan más asiduamente por ella<sup>14</sup>.

Bajo otro aspecto, Teresa experimentaba profundamente amor y «pasión» por la Iglesia. Estaba unida y relacionada con ella de una forma vital, por su fe y su amor sobrenatural apasionado, totalitario. La iglesia fue para ella la presencia viva de Cris- to, luz y fortaleza para su vida, que la buscó con afán en los doctos y letrados; fue una realidad interior a su persona, consustanciada con ella, y básica para su vivencia característica de su fe cristiana. Teresa sintió una verdadera pasión por la santidad de la Iglesia. Eso le dio fuerza para hacer frente a los trabajos y contratiempos que tuvo que soportar, y para vencer a sus enemigos, los demonios.

Ahí encontró también la fuerza para mantener su fidelidad a su Señor en todo lo que significaba su honra y su glorificación.

• Pero, las vivencias interiores de Teresa de Jesús, con relación al misterio de la Iglesia, no se cifran sólo ni prioritariamente en aspectos y en actitudes en cierto modo exteriores. Ante un misterio como ese, tan íntimo y tan cercano, ella manifiesta otros sentimientos más profundos: veneración, respeto y obediencia a la Iglesia; su- misión a sus ordenaciones y mandatos: «sujetarnos a lo que tiene la Iglesia»<sup>15</sup>; y aceptación sumisa de lo que enseña y de las verdades de fe que profesa, que es «ir por buen camino». Todo esto son para ella normas a seguir, y un camino para vivir unidos a Dios y a Jesucristo. Estos sentimientos envolvían toda su vida<sup>16</sup>.

• Aparte de todo esto, Santa Teresa tiene —entre otras— algunas frases de anto- logía y axiomáticas, referidas a la Iglesia, que expresan diversos sentimientos de su

---

<sup>11</sup> «Como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que éstas me afligen tanto, que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena» (Santa Teresa de Jesús, *Obras Completas*, e. c., CC 3,7). Cf. V, 7,5; C/Va, 3,5-8.

<sup>12</sup> Cf. V 7,5.

<sup>13</sup> Cf. V 7,5; C/V 3,6-7.

<sup>14</sup> Cf. M-V 1,7; V 13,21; 15,7; 40,12; C/Va 1,2; 3,3.6; 3,7-10; M-IV 1,7; M, conclu- sión, 4.

<sup>15</sup> C/Va 30,4.

<sup>16</sup> Cf. V 25,12; 30,12; 31,4; 33,5; C, Protestación; C/Va 21,10; 30,4; M, Conclusión, 4: «...y en todo me sujeto a lo que tiene la Santa Iglesia Católica Romana». F. Prólogo, 6.

alma, todos de amor y admiración, de celo y de alegría, y de satisfacción, por participar de sus bienes espirituales:

Dice de sí misma: «siempre procura ir conforme a lo que tiene la Iglesia» (V 25,12). Refiriéndose a los luteranos: «Quieren poner la Iglesia por el suelo» (C/Va 1,5). «Contra la menor ceremonia de la Iglesia... me pondría yo a morir mil muertes» (V 35,5).

A la hora de morir, exclamó: «Al fin, muero hija de la Iglesia»...

#### 4.º Cristo Iglesia

Las vivencias eclesiales de Santa Teresa de Jesús fueron más profundas teológica y vivencialmente. Ella experimentó en la vivencia de la Iglesia, o conoció por experiencia viva, la realidad de Dios y de Jesucristo. Para ella la Iglesia era mucho más que una simple Institución divino-humana para la salvación de los hombres. Como misterio, la considera como una presencia de Dios, que es amor y misericordia, y presencia singular de Cristo Salvador y Redentor en el tiempo y en la escatología. Esta consideración responde en parte a la idea y al concepto de Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, con el que ella se comunica espiritual, íntima y personalmente en su vida de oración.

Para Teresa de Jesús la Iglesia institucional, la familia de los hijos de Dios que permanecen fieles a su amor misericordioso, y que acoge también a los pecadores es el Cuerpo Místico de Cristo. Es Cristo mismo. Así viene a afirmarlo, cuando se refiere a la Iglesia perseguida y maltratada en muchas regiones del mundo. Ella le descubre en esa Iglesia que sufre, y ve en ella al Cristo doliente, que sufrió en su carne los dolores y las humillaciones de su Pasión; contemplaba a Cristo muerto y resucitado, que también entonces soportaba el dolor en su cuerpo, que es la Iglesia. Esta es una nota muy característica de nuestra Santa Doctora, fuerte y dominante en sus escritos, fruto tal vez de su sensibilidad femenina, pero que no carece de un fundamento verdaderamente teológico. Su *Camino de Perfección* se abre con una página patética, la más importante, a mi juicio, que condensa y sintetiza lo más fundamental de su eclesiología. No me resisto a leer lo más importante de ella, que es como una oración contemplativa, y será una delicia escucharla:

*«En este tiempo vinieron a mi noticia los daños de Francia y el estrago que habían hecho estos luteranos, y cuánto iba en crecimiento esta desventurada secta. Díome gran fatiga y... lloraba con el Señor, y le suplicaba remediase tanto mal... Y así determiné hacer esto poquito que yo puedo y es en mí... y procurar que estas poquitas “monjas” que están aquí hiciesen lo mismo...; para que todas ocupadas en oración por los que son defensores de la Iglesia, y predicadores y letrados, que la defienden, y ayudásemos en lo que ha hecho tanto bien, que parece le querían tornar ahora a la cruz estos traidores, y que no hubiese adonde reclinar la cabeza...*

*(¡Oh, Redentor mío!, que no puede mi corazón llegar aquí sin fatigarse mucho). ¿Qué es esto ahora de los cristianos? ¿Siempre ha de ser de ellos los que más os fatiguen?... A los que mejores obras hacéis, los que más os deben... entre los que*

*andáis y os comunicáis por los sacramentos, no están hartos, Señor de mi alma, de los tormentos que os dieron los judíos...*

*(¡Oh, hermanas mías en Cristo! Ayudadme a suplicar esto...).*

*Estase ardiendo el mundo; quieren tornar a sentenciar a Cristo —como dicen—, pues le levantan mil testimonios y quieren poner su Iglesia por el suelo»<sup>17</sup>.*

Para adentrarnos en el denso contenido y captar toda la fuerza de esta página maravillosa, tenemos que situarnos en el momento histórico a que alude la Santa. La situación de la Iglesia era penosa y delicada, rota la unidad jurídica y espiritual por la acción de los luteranos, que se habían convertido en perseguidores y enemigos de la Iglesia de Cristo.

Esta situación le causó a Santa Teresa una gran fatiga de espíritu, un dolor angustioso de corazón. A la hora de valorar esos hechos históricos y de interpretarlos tuvo una visión lúcida. Descubrió la imagen de Cristo, presente en la Iglesia, a quien renovaban sus enemigos los dolores de su pasión: *quieren tornar a sentenciar a Cristo*.

Teresa habla aquí desde su experiencia mística, desde su amor encendido a Cristo y a la Iglesia. Desde el punto de vista teológico existe un fundamento para hacer una reflexión como ésta. Ese fundamento es la realidad de Cristo, Cabeza de su Cuerpo místico. Y tiene fundamento también en aquella parábola escatológica en la que Jesucristo dice a sus discípulos: *lo que hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis* (Mt 25,45-50), tanto con relación a lo bueno y positivo, como en lo malo y lo negativo.

La Santa no habla aquí solamente en un contexto teológico-bíblico. Habla más desde sus vivencias interiores y sus experiencias místicas, en las que se mezcla el amor místico con un conocimiento sapiencial de los hechos, que la introducen en el corazón del misterio de la Iglesia, que es el misterio de Cristo, cabeza y fuente de la vida que discurre por sus miembros. Sus conocimientos extraordinarios de la Humanidad de Cristo la llevaron también a descubrir su personificación en el misterio de la Iglesia<sup>18</sup>.

*Me tomo aquí la libertad de decir que esta reflexión de la Mística Doctora no debería pasar desapercibida a los teólogos y a los estudiosos de la cristología, porque han pasado ya afortunadamente los tiempos de las rivalidades entre la teología escolástica y el misticismo, y por lo mismo ya es hora de que los teólogos incorporen a sus esquemas teológicos la riqueza de las experiencias de los místicos.*

*La Iglesia, por encima de sus estructuras jurídicas y de su institucionalidad, por encima de la temporalidad y de las dimensiones de la pastoral, es el Cuerpo Místico de Cristo, del que es la Cabeza, como clave, centro, principio y fin de la historia, alfa y omega; y esto, con la misma realidad, sobrenatural y trascendente, con la que el Padre y el Espíritu Santo están presentes en la Iglesia.*

---

<sup>17</sup> C/Va 1,2.3.5.

<sup>18</sup> Cf. V 12,2; 22,1-8.

La eclesiología moderna ha descubierto ahora, a partir del Concilio Vaticano II, y después de muchos estudios, el concepto de «Iglesia, como comunión», o inter-comunión de personas entre sí, y en comunión con el Espíritu y con las Personas del misterio de la Trinidad. Incluso algunos eclesiólogos de hoy llegan a afirmar que la Iglesia, como Cuerpo Místico de Cristo, informada por el Espíritu Santo, es una *realidad personal, algo personal*.

Siempre se ha considerado y entendido la Iglesia como una «colectividad», como una «comunidad» de vida, como un «pueblo» escogido; a lo sumo como algo personal en sentido místico, como una *persona mística*, según la terminología usada por algunos teólogos y eclesiólogos de hoy. Pero, ahora se habla de la Iglesia de forma más radical, como *realidad personal*, con una dimensión que brota de lo más profundo que constituye el ser eclesial: *de Trinitate*: de las Personas de la Santísima Trinidad.

Al término de una reflexión en esta línea, concluye Eloy Bueno, uno de nuestros eclesiólogos más notables del momento: «Se puede afirmar que la Iglesia es ante todo una realidad personal». Los sujetos, protagonistas y responsables, son personas, tanto las divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, como las humanas, que participan del bautismo y de la Eucaristía, y pueden inter-comunicarse los bienes espirituales<sup>19</sup>.

Santa Teresa hace más de cuatro siglos tuvo ya una visión de la Iglesia iluminada por esta luz: como «comunión» entre personas que forman un Cuerpo Místico, del que Jesucristo es la Cabeza. También ella entiende este cuerpo —que es la Iglesia— como algo personal, como una «realidad —la más excelsa y sublime— personal»: el mismo Jesucristo. Él es quien personifica a la Iglesia. Por eso, era Cristo el que sufría en su tiempo los males que afectaban a la Iglesia; era Él a quien querían condenar de nuevo, era Él a quien rechazaban, cuando los luteranos «ponían la Iglesia por el suelo y profanaban el Santísimo Sacramento».

Ella llegó a descubrir esta imagen de la Iglesia desde su experiencia mística alimentada por un amor acendrado a su Esposo, Jesucristo Dios y hombre, a quien descubrió en la Iglesia y de cuya vida participó por la gracia de los sacramentos. Sus experiencias místicas, fruto de su altísimo amor sobrenatural, iluminaron sus ojos para pensar en Cristo la gloria y el esplendor de la Iglesia, lo mismo que sus penas, sus sufrimientos y su condenación.

## 5.º Iglesia-Cristo-Eucaristía

La eclesiología teresiana aparece enriquecida con otros matices, un tanto singulares en su tiempo. Santa Teresa tuvo otra intuición de Cristo-Iglesia, fruto sin duda de sus vivencias interiores y del conocimiento sapiencial que acompañaba a sus experiencias místicas.

---

<sup>19</sup> «La Iglesia ... es *a Trinitate*, ...y a su vez es *ex hominibus*... Por ello es por lo que se puede afirmar que la Iglesia es ante todo una realidad personal»..., etc. (E. Bueno, en *Diccionario del Laicado, Asociaciones y Movimientos católicos*, Burgos, Ed. Monte Carmelo, 2004, pp. 350-351).

Aparte de la presencia del Cristo doliente, que sufría en su tiempo personalizado en la Iglesia perseguida y desgarrada, por acción de Lutero y sus seguidores, la Santa habla también de otra presencia, misteriosa y sacramental de Cristo, a quien hieren también los males de la Iglesia. Es su presencia en la Eucaristía.

Santa Teresa entiende la Iglesia en el sentido en que la propone el Concilio Vaticano II, en el pórtico de la Constitución *Lumen Gentium*: como «sacramento universal de salvación» y de la gracia, que comunica y distribuye entre los hombres mediante los sacramentos<sup>20</sup>.

El capítulo 35 del *Camino de Perfección* enlaza con el capítulo primero, que acabo de comentar. En él la Santa retoma el tema de la Iglesia, a la que los luteranos habían injuriado y profanado, con «desacatos y gravísimos males» de diversos géneros: habían profanado iglesias y lugares de culto, *donde estaba este santísimo Sacramento*. Además, se habían «perdido numerosos sacerdotes», apartados de la Iglesia católica, y «quitados los sacramentos»<sup>21</sup>.

Este capítulo del *Camino de Perfección* tiene un fondo eclesial. Santa Teresa lo redactó teniendo ante sus ojos la misma situación de la Iglesia de su tiempo, a la que se había referido en el capítulo que he glosado anteriormente. Aquí, siguiendo la inspiración de una metáfora bíblica, contempla la Iglesia como la *nave*, en la que atraviesaban el lago de Tiberíades los discípulos de Jesús, y en la que Él iba plácidamente dormido. Se levantó una fuerte tormenta, con viento contrario y olas encrespadas, tanto que corrían peligro de naufragar. Los discípulos, nerviosos y despavoridos, despertaron a Jesús, que calmó el viento y apaciguó las olas.

La Santa alude a esta escena al final del capítulo, en una vivaz oración de petición ante la situación pavorosa por la que estaba atravesando la Iglesia de su tiempo: «Ya, Señor, ya haced que se sosiegue este mar; no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia. ¡Sálvanos, Señor mío, que perecemos!»<sup>22</sup>.

Esta referencia enriquece el pensamiento de la Doctora Mística sobre el misterio de la Iglesia, añadiendo, como lo hace aquí, una referencia a la Eucaristía. Para los Apóstoles, Jesús iba dormido en la nave durante la travesía. Esto sugirió a Santa Teresa la presencia de Jesús en el sacramento del altar, en el sagrario. Navega en la nave de la Iglesia, que hace la travesía por el mundo alborotado. Parece que está oculto, o que va dormido. Pero, a la vista de su presencia en el sagrario, se atreve a pedirle al Padre que calme la tempestad y que conceda la paz a la Iglesia, acosada de tantos males.

La situación que la Iglesia vivía en su tiempo era tan catastrófica y siniestra, que insta a sus hijas que se dirijan al Padre con estas intenciones, confiada en que su oración será atendida. Por su parte, ella dirige aquí al Padre de las misericordias una de las oraciones de signo eclesial más conmovedoras, que salieron de su pluma.

Sobre el fondo oscuro de los «gravísimos males» en que los luteranos habían sumido a la Iglesia, ella quiere encender la lámpara de la oración, alimentada con el

---

<sup>20</sup> Cf. Vaticano II, LG 1: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento...».

<sup>21</sup> Cf. C/Va 35,3.

<sup>22</sup> C/Va 35,5.

aceite del amor ardiente de su corazón, con el que quiere corresponder al amor infinito que nos ha tenido el Padre, consintiendo que su Hijo hiciese morada permanente entre nosotros en el sacramento de la Eucaristía. Ante el peligro del mundo, como fuego devorador que puede arrasarlo todo, se atreve a «interpelar» al mismo Dios:

*«Pues, ¿qué es esto, mi Señor y mi Dios? O dad fin al mundo, o poned remedio a tan grandísimos males, que no hay corazón que lo sufra, aun de los que somos ruines. Suplícocoos, Padre eterno, que no lo sufráis ya Vos; atajad este fuego, Señor, que si queréis, podéis. Mirad que aún está en el mundo vuestro Hijo; por su acatamiento cesen cosas tan feas y abominables, y sucias... No lo hagáis por nosotros, Señor, que no lo merecemos; hacedlo por vuestro Hijo. Pues, suplicaros que no esté con nosotros, no lo osamos pedir. ¿Qué sería de nosotros?; que si algo os aplaca es tener acá tal prenda... Pues, qué he de hacer, Criador mío, sino presentaros este Pan sacratísimo, y ...suplicaros por los méritos de vuestro Hijo, me hagáis esta merced... Ya, Señor, ya haced que se sosiegue este mar; no ande siempre en tanta tempestad esta nave de la Iglesia. ¡Salvádme, Señor mío, que perecemos!»<sup>23</sup>...*

Jesucristo, presente en la Eucaristía, puede dar la paz y la tranquilidad a la Iglesia. Su presencia sacramental tiene tanta virtualidad que es paz y sosiego dentro de este mar alborotado, que es el mundo, aunque parezca que Cristo va dormido. ...La oración de Santa Teresa es de petición; pero es también de fe y seguridad en la eficacia y en la fuerza de Jesucristo para la vida de la Iglesia.

### III. CONCLUSIÓN

• Esta exclamación de Santa Teresa, encendida en amor a Dios y a la Iglesia: «¡Salvadme, Señor, que perecemos!», puede plantear varios e importantes problemas. En primer lugar: ¿qué juicio se puede hacer de la situación de la Iglesia de su tiempo (de 1515 a 1580) a la vista de estas expresiones?

Si decimos que en medio de tanta grandeza y tanto esplendor como irradió el siglo de oro, y que al lado de tan grandes y eminentes figuras de la Iglesia y de la sociedad, que dieron prestigio y gloria imponderables a esa época, hasta poder hablar de la España de los años 1500 a 1700, como «el país —acaso— más interesante de la tierra», según la frase de Taime, glosada por Santullano, existían también mediocridades y lacras morales, que oscurecieron aquel esplendor y rebajaron aquella grandeza —si es que pudieron rebajarla—, tan ponderada por los amantes de aquel imperio —desde los Reyes Católicos hasta Felipe II—, el más dilatado del mundo, en el que no se ponía el sol. ¿Sería objetivo este juicio?

• Por otra parte, era tanta la corrupción moral en la sociedad de entonces, tantos los males de la Iglesia, tan pesado el lastre que ésta arrastraba, tantos y tales los estragos causados por los luteranos y otros enemigos de la fe católica: profanaciones y sacrilegios, destruidas las iglesias, perdidos tantos sacerdotes, suprimidos los sacramentos... Estaban tan generalizados estos males, que la Santa, intrépida y valiente, llegase a sentir angustia y temor —como aquellos «apóstoles de poca fe» a los que reprendió Jesucristo— creyendo inminente el naufragio de la nave de la Iglesia?...

---

<sup>23</sup> C/Va 35,4.5. Cf. C/Va 3,8-10.

- Ante una situación así, ella se acogió a la oración, y al principio de solidaridad, los únicos que podían remediar «tantos males». Con el testimonio de su vida y la luz de sus experiencias místicas, hechos mensaje de vida en sus escritos, y con la fuerza y la eficacia de la oración de sus hijas —que formaban como una piña en oración, con un mismo sentir y un mismo querer— intentó contrarrestar la extensión de los estragos causados a la Madre Iglesia. Y en verdad que lo consiguió.

- Teresa buscó el remedio de la Iglesia por la vía más corta y de la forma más eficaz: por el camino de la oración contemplativa, que funde en una unidad armoniosa los elementos de la renovación interior de la persona, raíz y base del bienestar de la Iglesia: el conocimiento de la fe ilustrada y el amor a Dios y al prójimo. Por la vía de la oración, dice por su propia experiencia, Dios saca a las almas y a la Iglesia «a puerto de salvación»<sup>24</sup>.

- Consideradas las vivencias interiores que la Mística Doctora experimentó del misterio de la Iglesia, que se convierten en mensaje para nosotros, me parece que nos afecta a todos, y que debemos considerarlas como una llamada apremiante a vitalizar la Iglesia, como Cuerpo Místico de Cristo y Sacramento universal de salvación. La Iglesia de ayer, la de hoy y la de siempre podrá irradiar con nuevo esplendor la realidad y la persona de Cristo, fuente de la santificación de las almas, y salvador de la humanidad.

- Este es el mensaje de Santa Teresa de Jesús, declarada Doctora de la Iglesia por el Papa Pablo VI (27, IX, 1970), para la Iglesia de hoy. Mensaje para una Iglesia en vías de renovación, como la de nuestros días, después del Vaticano II: *Ecclesia semper renovanda*<sup>25</sup>, por el conocimiento y el amor místico y sapiencial, que brota de la experiencia interior y de la unión más íntima con Dios.

En sintonía con esto, el mensaje del Papa Juan Pablo II, programado para la Iglesia del nuevo milenio, inspirado en la doctrina de los dos grandes místicos españoles, Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, se basa precisamente en la vida en santidad, por la vía de la oración y la contemplación<sup>26</sup>.

- Teresa de Jesús, que tanto amó a la Iglesia porque amó ardientemente a Jesucristo —a quien de nuevo querían sentenciar a muerte los luteranos de su tiempo—, que trabajó tan fuerte e intensamente por el bien de la Iglesia, y por encontrar remedio a tantos males, nos ofrece el mensaje de la oración como diálogo de amor con Dios: «De lo que yo tengo por experiencia puedo decir: ...que quien ha comenzado oración, no la deje... y quien no la ha comenzado, por amor del Señor le ruego que no carezca de tanto bien»<sup>27</sup>.

---

<sup>24</sup> Cf. V 8,4.

<sup>25</sup> Cf. Conc. Vaticano II, LG 8.

<sup>26</sup> Juan Pablo II, TMI 30-35.

<sup>27</sup> V 8,5.